

Sorley Olaffson y el talismán de Ra

Miguel Ángel Arcaz

Corría el año de gracia de 1913 y Europa entera se enfrentaba a una serie de cambios. Sí, meses antes de que ocurrieran *esos* cambios que tuvieron más y mejor publicidad que *estos* cambios, y que sin embargo sí se escribieron en montones de libros de historia, e hicieron películas acerca de ello y... bueno, justo todo lo contrario que los cambios acontecidos en pleno 1913. Claro, dirán ustedes, ¿Y a quién le importa una terrible ola de calor que asola todos y cada uno de los rincones del viejo continente? Ni tan solo, si en pleno Febrero todos los termómetros tenían pintadas varias líneas de más en su parte superior. Claro que esto no servía de nada porque el mercurio seguía expandiéndose a través del mismo tubo de fábrica.

Pues yo les diré a quién le importaba tal repentino cambio de temperatura. Al Profesor Sorley Olaffson. Noruego y arqueólogo de profesión, quien llegó directamente desde Oslo a El Cairo con un objetivo, y guantes de lana, y bufanda de lana, y orejeras de lana, y calcetines de lana y sombrero de lana, y un abrigo largo que parecía una manta que, aunque cueste de creer, era de lana. Y una gran nariz redonda y roja como la de un payaso, de la que pendían heladas estalactitas.

El profesor Olaffson llegó en el vapor de las cuatro. Nunca antes habíamos coincidido, tampoco había visto antes alguna fotografía suya. Aunque no fue difícil avistarlo entre la muchedumbre. Había oído que el aspecto del insigne profesor era similar al de una albóndiga. Y no exageraban tales habladurías pues, de entre todos los recién llegados, una figura pequeña y más redonda de lo habitual destacaba entre todas las demás.

Levanté con ambas manos un gigantesco cartel que llevaba impreso su nombre y, dado que el hombre no parecía haber notado mi presencia, seguidamente la emprendí a gritos con él hasta que por fin se colocó delante de mí con precisión milimétrica. Le eché un rápido vistazo, luego una gota de sudor traspasó mi frente. Me sequé con un pañuelo, él sacó otro de un bolsillo invisible y se sonó bien fuerte la nariz. Por un momento pensé que el hombre iba a hincharse aún más, justo para salir volando como si fuera un globo.

—Tú debes de ser Sven —dijo el profesor.

—Amir, señor —corregí— Amir Al—Hazid, para servirle.

—Lo que yo decía, Sven —en ese momento no pude hacer otra cosa que asentir. Sabía que el buen profesor me estaba tomando el pelo y, por otra parte, tampoco tenía ganas de discutir.

Cogí su equipaje. No pesaba nada. Claro, debía llevarlo todo puesto. Luego nos dirigimos hacia el museo de El Cairo. El director nos estaba esperando, y a estas alturas ya debía andar un tanto nervioso.

Tres golpes secos sonaron a través del cristal de la puerta del despacho de Donald McBreeze, inglés de ascendencia escocesa que en aquellos años había ejercido de conservador y director del museo

arqueológico de El Cairo. Sin levantar la vista de los importantísimos documentos que estaba rellorando en aquel momento, ordenó con voz firme y cavernosa que quien fuera que estaba detrás de la puerta, entrara y tomara asiento. Aunque lo que de verdad quería decir era que quien fuera que estaba detrás de la puerta, entrara, tomara asiento, dijera lo que tenía que decir y se marchara de su despacho con viento fresco. Más pronto que tarde si podía ser, que para eso él era un hombre ocupado. Y para un hombre ocupado, el tiempo siempre es lo más importante. Así que era preferible que el tiempo no se perdiera de vista.

—Señor McBreeze, señor – dije yo con el tono culpable que siempre imponía la presencia del conservador— el profesor Olaffson, el profesor... –repetí de forma débil y casi inaudible al ver que McBreeze no me estaba haciendo el más mínimo caso.

—¡Angus! Viejo zorro. Cuánto tiempo – ¿Angus? Definitivamente este hombre estaba mal de la cabeza— Pensé que se te había tragado la tierra –El señor McBreeze levantó la vista, para entonces la nariz del profesor Olaffson estaba casi rozando la del señor McBreeze. Los dos hombres se miraron durante unos segundos, luego una gota de sudor bajó por la frente del conservador, y a éste no le quedó otro remedio que pasar un pañuelo seco por ella.

—¡Olie! Lo mismo se puede decir de ti, hace tiempo que no me traes ninguna baratija, ya comenzaba a pensar que te habías jubilado. Toma asiento, debes de estar agotado por todo el viaje ¿Te apetece un té?

—Te lo agradezco, Angus, pero preferiría si no te importa un plato de sopa. Hirviendo si puede ser –El señor McBreeze volvió a secarse la frente con su pañuelo, seguidamente, yo no pude hacer otra cosa que imitarle.

—Bien, Olie, creo que es mejor que hablemos de negocios – sentenció McBreeze— Por tu telegrama me hago a la idea de que tu visita aquí no es precisamente de cortesía. Por ello, y por la amistad que nos une, te he organizado ya una pequeña expedición. De hecho, el joven Amir aquí presente, será tu ayudante.

—Angus, me conoces bien, y ya veo que he llegado a buen puerto contigo, pero siento disentir en cuanto al muchacho. No es lo que estoy buscando precisamente, durante todo el trayecto no ha dejado de contradecirme ¡como si uno fuera idiota!

—Pero Olie, Amir es de lo mejor que puedes encontrar. Pese a su juventud, conoce el terreno mejor que nadie. Ha pisado todos los rincones desde Marruecos a Sudán. Es un chico listo y un verdadero lince en cuanto a los tesoros del pasado. Ya verás, pregúntale. Venga, pregúntale.

—Está bien... –el profesor Olaffson se quedó un buen rato pensativo— A ver, muchacho. Quiero que me guíes hacia Wadi—Mahalá. Y no quiero toparme con imprevistos.

—Perdone, profesor –algo me decía que mi deber era mantener la boca cerrada, pero en aquél momento no pude resistirme— Wadi—Mahalá no existe...

—Maldito, crío ¿insinúas que soy un mentiroso? ¿entonces qué es este sitio de aquí? –señaló furiosamente, con el dedo índice, un punto determinado del mapamundi que el señor McBreeze tenía en un rincón de su despacho.

—¡Ah! *ese* sitio –asentí— No hay problema, le dibujaré la mejor ruta.

—Estupendo –dijo McBreeze— entonces si está todo claro, partiremos mañana al amanecer.

Atravesamos el desierto durante semanas y, aunque no encontramos bandidos ni coyotes, nuestro mayor enemigo: la sed, o mejor dicho la mera presencia de nuestro friolero anfitrión, hizo que rápidamente se nos acabaran las provisiones de agua.

Muchos nos dejaron atrás. No podían soportar durante más tiempo que el profesor Olaffson pasara por delante de ellos, rodando como una gigantesca bola de lana, mientras intentaban olvidar que se encontraban en medio del desierto, que el Sol se encontraba en alza y que, según el calendario, debía ser algún día entre en uno y el treinta y uno de Agosto.

Llegamos por fin al lugar señalado por el profesor. Y no había nada. Literalmente nada, excepto una alfombra de arena amarilla y un horizonte plagado de dunas.

—Cavad —ordenó pero nadie allí se movió— Cavad, maldita sea —los hombres meneaban la cabeza en señal de desaprobación.

El profesor Olaffson, furioso, fue en busca de una pala y comenzó a cavar él solo mientras murmuraba maldiciones para todos los presentes. No podía verlo. No podía ver a un hombre así hacer el ridículo de aquella manera, aún siendo ese hombre alguien como el profesor Olaffson, así que cogí otra pala y la hundí en una parcela a pocos metros del arqueólogo.

Más tarde, el señor McBreeze se uniría a nosotros, no sin antes amenazar al resto de hombres no solo con no pagarles ni media libra egipcia, sino también con la idea de pasar un día entero en una habitación cerrada. Con la compañía del mismísimo Sorley Olaffson, por supuesto. Idea que, por cierto, les acabó de convencer.

Tras varias horas, uno de los hombres dio con lo que parecía una losa de piedra. Los demás se encargaron de descubrirla, y el resto nos dimos cuenta de que no era una losa sino dos. Más bien, lo que llamaríamos más comúnmente *puerta a algún sitio*.

Entre todos, unimos nuestras fuerzas, pero ninguno de nosotros fuimos capaces de forzar la entrada. Nos rendimos, entonces el profesor Olaffson se acercó a la puerta, miró hacia abajo reflexivo, limpió la arena de una de las losas y descubrió una minúscula cavidad. Luego hurgó entre sus bolsillos y extrajo de ellos un pequeño cilindro decorado con motivos egipcios. Reconocí enseguida el artefacto.

—¡Oiga! ¡Eso es propiedad del museo!

—Si tú no se lo cuentas al director, yo tampoco se lo diré —McBreeze dio un respingo. No aprobaba los métodos de su amigo, pero sabía que en algún lugar de su desordenada mente debía haber algún motivo para hacer todo lo que se supone que hacía.

La tierra tembló y dejó al descubierto un túnel. Estaba oscuro. El profesor entonces encendió una antorcha y la lanzó dentro. McBreeze mandó a un par de hombres para echar un vistazo, pero el profesor Olaffson les detuvo, les hizo una señal para que estuvieran en silencio y escuchó. Y el silencio y el murmullo de las profundidades se fusionaron con cientos de *keri* provenientes de un ejército de ratas que pasaron por nuestro lado asustadas, quizás, o ansiosas por conocer la la superficie. Debieron salir decepcionadas, me temo.

El profesor Olaffson encendió un par de antorchas más, que nos entregó a mí y a McBreeze. Éramos de confianza, dijo. El resto del grupo, dijo, una panda de oportunistas que no dudaría un segundo en apuñalarnos por la espalda. Y tenía razón, pues nada más entrar en la cripta, los hombres extrajeron la llave de la puerta y nos dejaron a los tres, y a un pobre diablo que había sido engañado por sus compañeros, atrapados. A oscuras, en medio de lo desconocido.

—Sigamos —decidió el profesor— Los dioses se encargarán de esos incautos.

Atravesamos una infinidad de pasillos, todos con las mismas escrituras y decoración. Cada vez había menos luz, menos sonido, y cuanto más nos adentrábamos en la cripta, quedaba menos aire que respirar. Llegamos a una intersección que repartía el camino en las cuatro direcciones. El profesor se detuvo justo en el centro. Luego buscó entre sus bolsillos y extrajo de ellos un papiro antiguo. Conocía *ese* papiro antiguo.

—¿No se cansa usted de robar, profesor? —el profesor me ignoró completamente, luego siguió leyendo el papiro hasta que su rostro fue invadido por una expresión de satisfacción.

—¡Claro! ¿pero cómo no me he dado cuenta antes? —seguidamente abrió la boca y se chupó el dedo índice. Luego lo alzó y escogió el camino de la derecha.

Nada más adentrarnos en el pasillo, una inmensa ola de calor nos invadió. Pareció que nos encaminábamos hacia el mismo infierno. El profesor Olaffson hurgó de nuevo entre sus bolsillos y nos entregó un trozo de hielo a cada uno, con tal de que pudiéramos sobrevivir un trozo del camino. Tiempo después me preguntaría de dónde había sacado el buen profesor un glaciador portátil, y cómo había hecho para que se conservara tan bien. Pero en aquel preciso momento tan nimio detalle carecía de importancia.

Llegamos por fin a una gran sala, una sala bien grande, y su decoración valía su precio en oro. Estatuas de aspecto majestuoso, columnatas con adornos dorados, vasijas bien conservadas a pesar del tiempo... Aquello era infinitamente más de lo que un museo podría desear.

McBreeze estaba maravillado, incluso más de lo que yo lo estaba. No así el profesor Olaffson, quien se quedó pensativo de nuevo. Palpó las paredes como si esperara encontrar algo más ¿qué más podría desear? Buscó arriba y abajo, y por un momento se sintió engañado de sí mismo.

—Tiene que estar aquí. Tiene que estar —murmuró furioso y después cargó contra las paredes como si se tratara de un elefante colérico. Destruyéndolo todo a su paso. Literalmente. Mientras tanto McBreeze como yo nos quedábamos pasmados con los ojos como platos al presenciar como la historia se caía a trozos y esos trozos se transformaban en polvo.

Las estatuas cayeron al suelo, acompañando al resto de los escombros recién formados, y descubriendo un pasillo oculto bajo una de las baldosas rotas. Bajamos un nivel y vimos a lo lejos un brillo inusual. Una joya parecida a un rubí pero más grande y mucho más luminosa.

El hombre que aún nos era fiel ya no lo fue tanto y salió corriendo con tal de apoderarse del tesoro, pero en cuanto posó su mano sobre la joya, su cuerpo estalló en llamas y se convirtió en carbón. Justo después, el pasillo se inundó de fuego. Impidiendo nuestra llegada.

El profesor nos ordenó quedarnos atrás. Nos miró y justo después se quitó el abrigo de lana, y diez jerséis de lana, dejando al descubierto un cuerpo cuasi esquelético. Luego buscó entre los bolsillos de su pantalón y sacó un pequeño medallón que representaba una deidad griega, Bóreas, creo. De lo que sí puedo estar seguro es de que ese tesoro no lo encontró en nuestro museo.

Avanzó con decisión por el pasillo de fuego sin sentir sus quemaduras, y al llegar frente al gran rubí lo destrozó con la ayuda de un martillo que guardaba en otro de sus bolsillos, y al que anexó el medallón griego.

La piedra se hizo pedazos y su luz se apagó, justo antes de que la tumba comenzara a hacerse añicos.

Pasaron varios meses desde aquella aventura, cuando un carromato se detuvo frente al número 118 de Youngs Gate, en Oslo. Un hombre delgado y bien vestido, aunque de nariz redonda, estaba levantando un cartel con un nombre inscrito: Sven. Lo siguiente que recuerdo fue un copo de nieve cayendo sobre mi cabeza. Debí haber traído ropa de abrigo.